

LA BELLEZA DEL DESENCUENTRO

En Larraga, el tiempo parece dormido entre las piedras. Volví después de tantos años y todo seguía igual, como en los veranos de mi infancia. Caminaba lento por las callecitas estrechas, fumando el tabaco de siempre, cuando la vi. Carmen. Apurada, hermosa, cruzó sin mirarme. La seguí, como se sigue un recuerdo que todavía duele. En una esquina se detuvo, me sintió. Se giró. Nuestros ojos chocaron como trenes viejos. Sonrió, nerviosa.

—Qué curioso —dijo, casi sin aliento—. No vivo aquí hace años. Solo vine por el fin de semana. Recién me crucé con Antonio... ¿te acuerdas? Mi primer amor. No me reconoció. Lo estoy siguiendo, así que...

Nos despedimos con esa ternura torpe que tienen los fantasmas. Ella se fue por una calle, yo por otra. Nunca más nos vimos, aunque a veces juro que aún la oigo, a unos pasos detrás de mí.

El Gordo